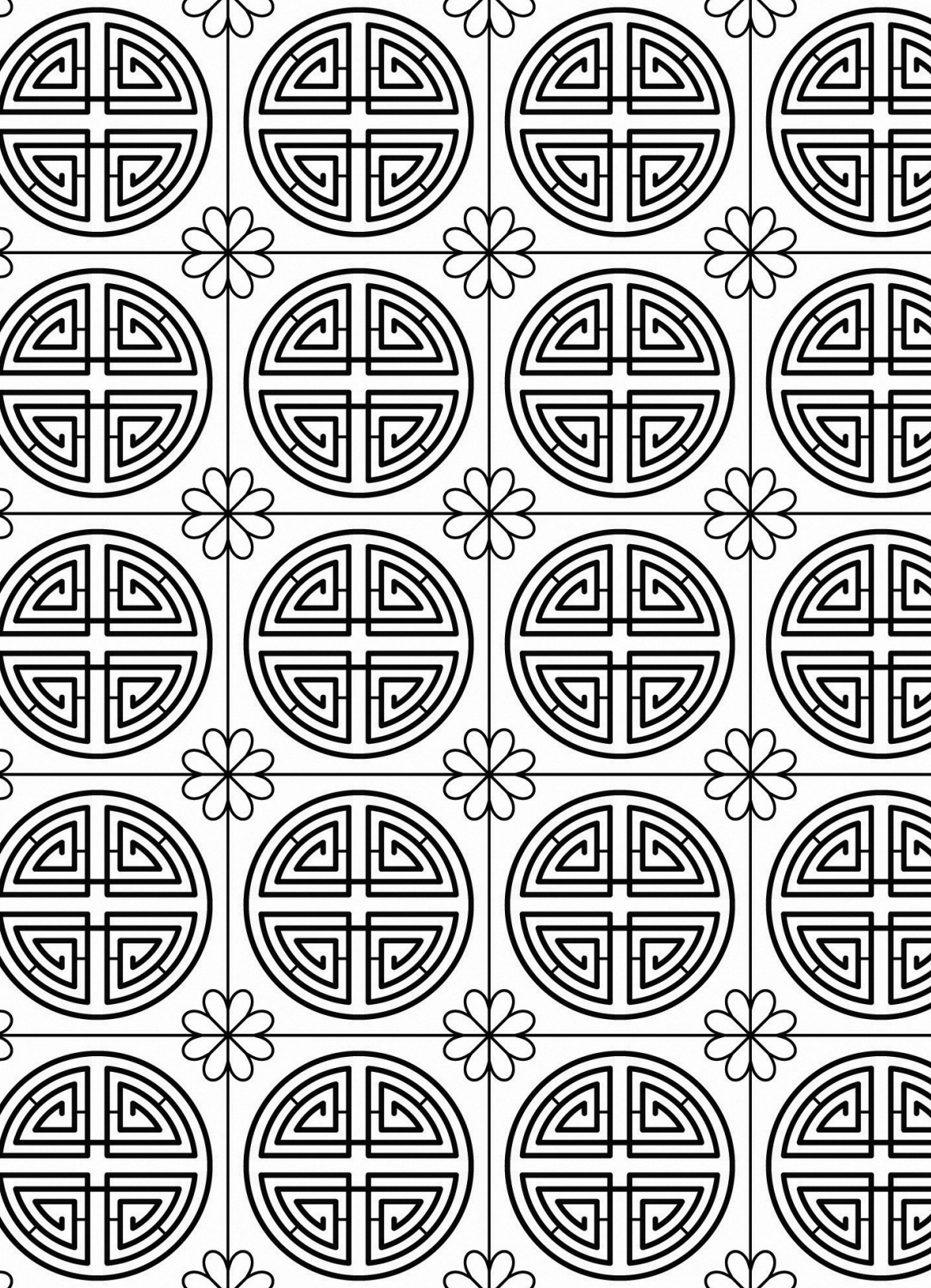
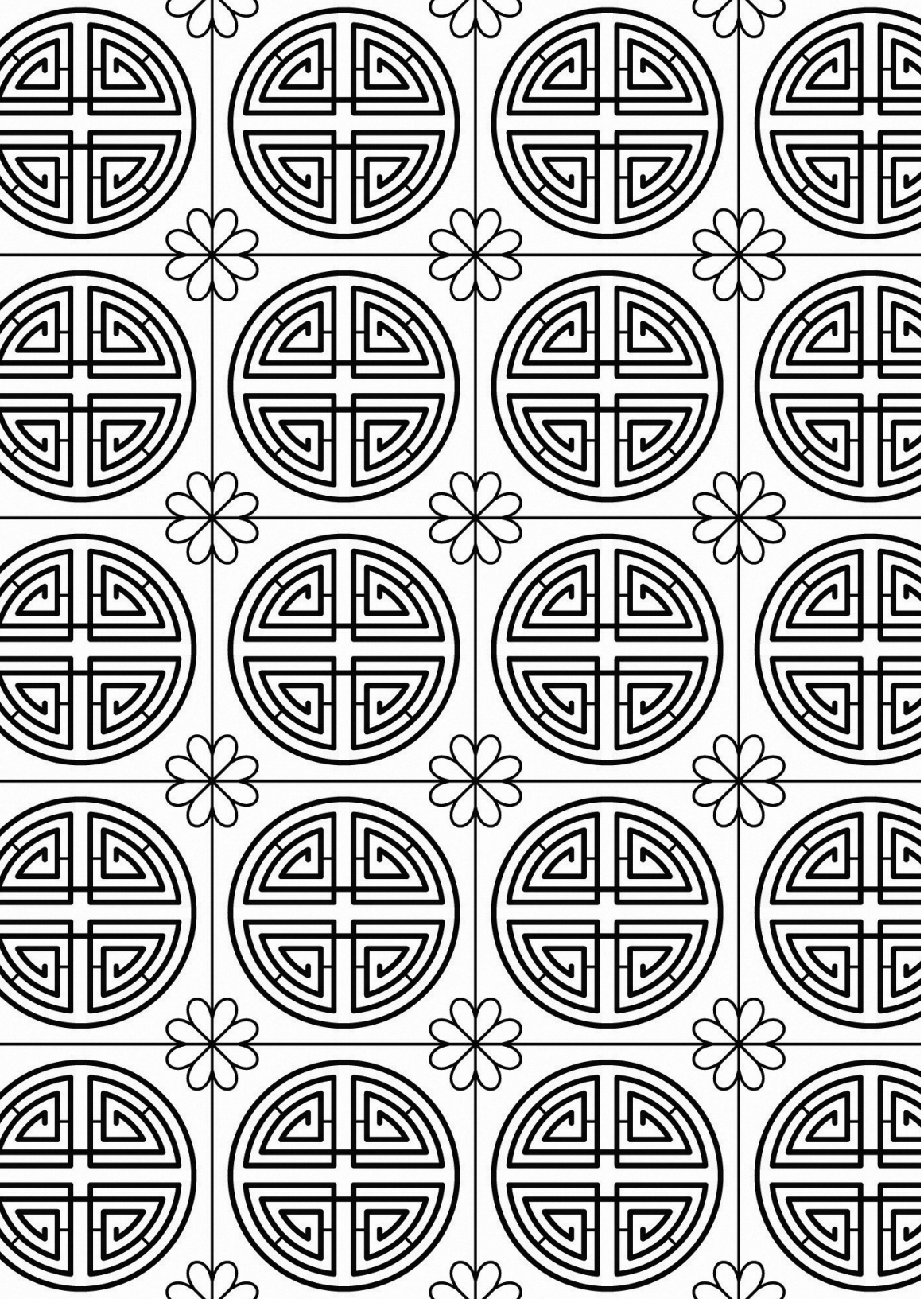






F A B I Á N C O R T E Z

PYLOBÁ

Una historia de *Portal de los dioses*



Pyloba

© 2026, Fabián Cortez González.

© 2026, Tríada Ediciones.

San Antonio 19, of. 702, Santiago

Santiago de Chile

Tel.: (56 2) 2941 2668

www.triadaediciones.net

Impreso en Chile

Primera edición, enero de 2026

ISBN: 978-956-9362-49-1

Registro de Propiedad Intelectual: 2026-A-509

Diseño y diagramación:

Tríada Ediciones

Ilustración de portada:

José Canales

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Esta novela está dedicada a dos hombres gentiles: Antonio Avendaño Colihuinca y su hijo Antonio Avendaño Huaiquilao, donde quiera que estén los recordamos con afecto.

Palabras al inicio

Dicen que la diferencia entre lo fortuito y lo accidental radica en lo previsible o no que pueden llegar a ser estos hechos. Lo accidental responde a aquellos actos erróneos que pudieron ser evitados de una u otra forma, en cambio lo fortuito no está bajo nuestro control. ¿Cuáles son las condiciones para que se produzca un suceso fortuito? Algunos dirán que, según la posición y el movimiento de los astros, otros en cambio lo asociarán al efecto mariposa y habrá quienes manifiesten que es imposible determinarlo porque depende de un número infinito de factores. Sea como fuere, hay personas que viven situaciones fuera de lo común. Cosas inexplicables que ocurren una vez en un millón quizás, y verse envuelto en ellas marcará al individuo el resto de su existencia.

Fabían Cortez González

PRIMER ACTO

“Sucesos”

Time
Flowing like a river
Time
Beckoning me
Who knows when we shall meet again?
If ever
But time
Keeps flowing like a river
To the sea.

“Time”, Alan Parsons Project

“Es posible que el Cosmos esté poblado con seres inteligentes. Pero la lección darviniana es clara: no habrá humanos en otros lugares. Solamente aquí. Sólo en este pequeño planeta.”

Carl Sagan

*“Nada en la vida debe ser temido,
solamente comprendido.
Ahora es el momento de comprender más
para temer menos”.*

Marie Curie

스파이

LA ESPÍA

Moscú, Unión Soviética, 1958.

Aquella mañana de diciembre, el termómetro marcaba bajo cero. Néferet se arropaba con una *vatnik* acolchada y ocultaba su cabello bajo una *ushanka*. De pie en la Plaza Lubyanka, observaba el edificio que dominaba la Avenida Myasnitskaya Ulitsa: un coloso de tonos amarillo pastel que se elevaba con arrogancia hacia el cielo gris. Lo llamaban “El Centro”. Los transeúntes lo evitaban a toda costa. Néferet, en cambio, lo estudiaba. Sabía que en su interior operaba el Comité para la Seguridad del Estado de la Unión Soviética, la temida KGB.

Lo recorrió con la mirada, memorizando cada detalle útil para su incursión en él. Saltaba a la vista que estaba fuertemente custodiado y sabía que el lugar no gozaba de una buena reputación, pues ahí se cometían actos inhumanos. No obstante, ella tenía en mente otro objetivo. Luego de interrogar a algunos agentes en los días previos, se enteró de que “El Centro” también tenía puesto el foco en ciertos fenómenos inusuales y fuera de lógica, que no figuraban en ningún informe oficial.

Caminó con seguridad y cruzó el portal construido con mármol gris y puertas de madera tallada. Los detalles arquitectónicos contrastaban con el tipo de actividades que ocurrían dentro. Su objetivo: interrogar a Iván Aleksándrovich Serov, líder de la KGB tras la muerte

de Stalin. Considerado el hombre más poderoso del Comité, esperaba obtener de él antecedentes que nada tenían que ver con la política.

Néferet había entrado al edificio valiéndose de una credencial falsa y su aspecto exangüe. Parecía mimetizarse con la albura de las nieves cordilleranas. Los guardias eran especialmente quisquillosos con cada visitante, sin importar su rango o familiaridad, pero los documentos que les exhibió eran impecables y su ruso, preciso, con el acento justo. Bastó para cruzar la primera barrera. Las superiores vendrían después.

Recorrió pasillos fríos y austeros. Los muros en tonos pastel y verde Nilo mostraban una arquitectura severa, con arcos elevados y techos demasiado altos. El aire tenía algo turbio: miedo contenido y obediencia.

Cruzó miradas con uniformados y civiles. A algunos les llamó la atención, pero ninguno se animó a interrogarla. En la segunda etapa de su plan, recurrió al poder de su influencia. Localizó a un uniformado de bajo rango y cuando sus ojos se encontraron, obedeció prácticamente de inmediato. Sin decir nada, este se giró y la guió por los corredores hasta el último piso.

Se detuvo frente a la puerta que tenía el nombre del directivo, Iván Aleksándrovich Serov, en la ventanilla. La hoja de madera giró sobre sus goznes y ella ingresó al despacho. El oficial se hallaba sentado frente a su escritorio, sumido en la revisión de documentos. A sus espaldas, una bandera soviética colgaba de un mástil y una foto de Stalin adornaba la pared lateral. Se trataba de un hombre maduro de rostro ceñudo donde no había espacio para una sonrisa. Su frente amplia le confería un aire sagaz.

—¿Quién eres?! —preguntó con tono imperativo sin importarle que ella le apuntara con una pistola, la que le había arrebatado al primer uniformado. Se valió del arma para intimidarlo, pues entendió que su sola presencia no sería suficiente.

Néferet Opal Nájera, en cambio, tenía más bien un atractivo austero, una figura espigada, atributos medidos y cabellos largos que caían sobre sus hombros. Sus ojos avellana pasaban inadvertidos como el tenue brillo de una estrella solitaria y demasiado distante.

—Así que tú eres ese al que han apodado “Iván el Terrible” y también “el Carnicero”. Ese que se jacta de “romper todos los huesos en el cuerpo de un hombre sin matarlo”, ¿eh?

Al hombre no le agradó el tono mordaz con que lo dijo.

—¿Qué es lo que buscas?! ¿Cómo entraste aquí?!

—¡Yo hago las preguntas! —le dijo tomando asiento frente al buró. Cruzó las piernas y sonrió—. Busco información. Puedes dárme la voluntariamente o puedo aplicar alguno de mis métodos para extraerte la verdad. Dime, ¿qué prefieres?

El sujeto la miró con aire displicente.

—Una mujer no me va a intimidar —respondió con firmeza—. Te equivocas si crees que le temo a la muerte.

—Qué macho. Todos dicen lo mismo. No me conoces, soy más peligrosa de lo que aparento. Créeme, preferirás haber cooperado conmigo por las buenas.

—A-a-a, *kak interesno!* —exclamó con sarcasmo.

—Bien, si así lo prefieres.

Néferet se puso de pie y acortó la distancia que la separaba del ruso. Este aprovechó su experiencia militar para atacarla, abalanzándose sobre ella, pero no contaba con que esta lo esquivaría, sujetándolo por el cuello. A pesar de luchar con ímpetu, le fue imposible soltarse; los brazos de la mujer eran como los de un gorila, inamovibles.

—Si sigues resistiéndote, te voy a desnucar —lo amenazó. Su mirada fija y la expresión dura en su rostro lo sorprendieron.

No podía entender cómo una mujer aparentemente desvalida lo había sometido de esa manera. De nada sirvieron su porte robusto y su experiencia en combate contra ella.

—¿Quién eres?! —insistió con un hilo de voz.

—Eso no importa porque luego de que te saque la información que necesito, no recordarás este incidente. Ahora vas a responder mis preguntas. ¡Habla de una vez, carajo!

—¡No, tendrás que matarme! —rumió Iván forcejeando con violencia y desparramando cuanto objeto había en el escritorio. A pesar de que ella era más fuerte, este luchaba por soltarse a toda costa y, en vano, intentaba activar la alarma para pedir ayuda.

—¡Tú te lo buscaste! —le gritó ella sujetándolo de la mollera con su mano diestra, aprisionando su cráneo con los dedos. Acto seguido, cerró los ojos y recurrió a su poder mental para someterlo.

Iván lanzó un alarido; sentía que le quemaban el cerebro. Se resistió con porfía hasta que finalmente Néferet tomó el control de su mente. En seguida, dejó de luchar y se quedó inmóvil. No podía mover un solo músculo sin que ella se lo permitiera.

Herido en su orgullo, odió reconocer que estaba frente a una rival muy superior. Aunque intentara atacarla, su cuerpo no respondía. Era una simple marioneta a merced de Néferet.

—Si quieres que... te diga algo... —balbuceó— tienes que... liberarme.

Ella quitó gradualmente la presión sobre su cuello, luego lo soltó y volvió a tomar asiento frente a él. Ya no lo apuntaba con el arma.

—Muévete si quieres, pero si intentas algo más, morirás. ¿Entendiste?!

Iván asintió. Acarició su cuello lastimado y se arregló el uniforme para recobrar algo de compostura. Aún le dolía la cabeza. Tomó asiento y le dedicó a la mujer una mirada inteligente, pero disimulada.

—¿Puedo servirme un vaso de vodka? —ella asintió. Como buen dueño de casa, Iván se tomó su tiempo : no estaba dispuesto a ser presionado. Bebió un sorbo de su vaso, luego se volvió hacia Néferet—. Haz tus preguntas.

—Sé que el ejército ruso rescató algunos objetos de una incursión secreta en territorio alemán, luego de la derrota de la Wehrmacht,

bajo la fallida Operación Barbarroja. Específicamente una entidad biológica extraterrestre. ¿Dónde la tienen?

El soviético arqueó las cejas al escucharla.

—¿Cómo sabes eso?

—Dije que yo hago las preguntas —respondió la mujer.

El otro esbozó una sonrisa cínica, se levantó y caminó hasta un librero en el fondo de la habitación. Allí había una caja fuerte. Luego de girar la perilla con la combinación adecuada, tiró de la manija. Contenía carpetas clasificadas como “Sovershenno sekretno”, que significaba ultrasecreto. Extrajo una de ellas, una roja, y la arrojó sobre la mesa. Había un nombre grabado en la portada.

—¿La base militar de Kapustin Yar? ¿Qué pasa con ella? —preguntó Néferet mientras hojeaba los documentos y fotografías. Ahí pudo ver una imagen en blanco y negro de una mujer mayor que capturó su atención y reconoció de inmediato. Estaba recluida en una celda de máxima seguridad.

—*Da!* Ahí la tenemos cautiva, aunque no sé por cuánto tiempo.

—¿A qué te refieres?

Iván volvió a tomar asiento y bebió otro sorbo de su vaso.

—Bueno, hemos sido hostigados por algo que los americanos bautizaron como “*foo fighter*”, un objeto volador no identificado que ha rondado las inmediaciones del aeródromo y suponemos que quieren rescatarla. Hemos tenido que redoblar las medidas de seguridad, a propósito de los avistamientos en el último tiempo.

Por supuesto que aquello le quedó dando vueltas en la cabeza a Néferet.

—¿Qué saben de ella?

—Una interrogación curiosa de tu parte porque es evidente que conoces a esa entidad mejor que nosotros y observándote con cuidado apostarí que tú tampoco eres humana.

—¡Responde la pregunta! —insistió.

—Nuestros biólogos la han estudiado y además revisamos los archivos de la Ahnenerbe que se ocultaban en un bunker en Alemania, durante el periodo nazi. Ella no se parece a nada conocido. Es una entidad poderosa, un cambiaformas y no me explico qué buscan las EBE con ella.

La misma pregunta se hacía Néferet y era algo que tendría que investigar más a fondo.

